

Guerrilleros de ayer, que en la espesura
renovásteis la raza; gente oscura
de allá, de la provincia ó la montaña:

¡En armas otra vez!... Que á vuestra vista
se imponga el pueblo espiritual conquista;
¡la usurpación está dentro de España!



DE LA EPOPEYA

Los afrancesados



La Virago de trenzas rubias, en el boato
de las grandes campañas y el guerrero aparato,
paseaba en sus espaldas alabastrinas
sobre el manto de púrpura las abejas latinas.

Traía en sangre bárbara al gladio enrojecido;
fluía de sus labios maternos el sentido
y la ley de la raza; sus manos juveniles
tremolaban la encina de las cosas civiles.

La Amazona de casco de oro divinamente
llegaba con el aro imperial en la frente
y había una razón íntima en el profano
retorno aquél del César al solar de Trajano.

¡Parcas solemnes, viejas y cenicientas Parcas,
que hiláis votos de pueblos y vidas de monarcas
al lento y secular compás de las madejas!
¡Benditas seáis, Parcas cenicientas y viejas!

Benditas, por la paz que un siglo ha derramado
sobre la zarza en llamas y sobre el pueblo armado;
benditas, porque habéis cerrado las sangrías
de aquella guerra, con el óleo de los días.

La sangrienta maraña, Parcas, os torna el hilo
que la guerra no pudo separar con su filo,
y, al cabo de los años, vuestras pacientes manos
hilan de nuevo en paz los dos copos hermanos.

¡Oh, yo, tarde — nacido, serenamente puedo
proclamar de mi espíritu la devoción, sin miedo;
que no veré en la plaza, bajo los soportales,
pasar sobre mi gente los cascos imperiales!

Pero vosotros... padres, maestros, precursores
indecisos, confusos, perdidos, vacilantes,
que, en el odio común, llevábais los amores
escondidos, porque eran estigmas infamantes;

vosotros minoría sacrílega, tocados
en el dolor presente de la llama futura,
de vuestros propios padres y hermanos apartados
por vuestra misión, agria como una levadura;

vosotros, que tuvisteis la aprensión evidente
de que estaba pasando por España el Destino,
y lo quisisteis vuestro por darlo á vuestra gente,
y os faltaron las fuerzas para abrirle camino;

vosotros, por cobardes, envilecidos, cuando
vuestras conciencias eran como un campo de guerra
donde se os disputaban el corazón, luchando,
el amor á la Vida y el amor de la tierra;

vosotros, gente nuestra, de espíritu, de ardores
espirituales; padres de la nación futura,
que leíais la Nueva Ley entre los fulgores
con que nimbaba á Francia la imperial armadura;

vosotros, perseguidos; vosotros, desterrados;
vosotros, muertos lejos de la patria, sintiendo
por la desolación de los nativos prados,
pasar en vano del Dogma Nuevo el estruendo;

vosotros... ¡oh, benditos, benditos los cien años
y la ceniza que, con ellos, se amontona
sobre el odio encendido de propios y de extraños,
y bendita la paz que trae vuestra corona!

ENVÍO

Venerables mayores: por lo que habéis sufrido,
por lo que habéis previsto, por lo que habéis amado,
yo os consagro este ramo de laurel que he cogido
del mismo arbusto, á vuestros verdugos consagrado!

Parcas, decid al mundo de qué noble manera
aquéllos y éstos bien de la patria merecen:
aquéllos, por guardarla intacta y limpia y fiera;
éstos, porque la innovan y porque la engrandecen.

El crepúsculo rojo coronará á la tarde
el obelisco de Daoiz y Velarde;
unas viejas con niños bajarán por la cuesta
evocando los días gloriosos de la gesta...

Y en la Francia enemiga, sucediendo al coraje
el divino tributo del mayor vasallaje,
tendrán eternamente coronas los laureles
para Goya y la patria áurea de sus pinceles.



Después del Centenario

(ELEGÍA)

2

Estás, ¡oh Patria!, tan lejos,
detrás de esta serranía,
tan repuesta,
que tus épicos reflejos
tienen la melancolía
de una puesta.

Aplico, en vano, el oído
al son menudo del viento
si te invoco,
que, en el mundial alarido
del fervoroso momento,
suenas poco.

Pasan canciones extrañas,
bárbaro ritmo tonante
canta rudo;
pero ¡ay!, que de mis Españas
el aire, ayer resonante,
llega mudo.

Y yo, que sé tus fervores
y sé tu virginidad,
Patria mía,
á los extraños rumores
cerrando voy sin piedad
mi poesía.

Patria, nunca tan amada;
patria, nunca tan sentida
como ahora,
cuando casi desterrada
mi musa, en la no sabida
tierra, llora:

si á mí ya me basta, España,
ver en tu risa ligera
tu sol bueno;
para toda gente extraña
que tu voz fuese quisiera
la del trueno.

Que tu estandarte se alzara
como antes, con sus castillos,
imperial;
y que tu voz fuese, para
los enemigos caudillos,
un dogal.

Quisiera, en las tablas nuevas
que para la nueva vida
la ley labra,
por saber si las apruebas,
leer, ¡oh Patria vencial,
tu palabra.

Tú, que me has dado el aliento,
la voluntad y el mandado
de guardarte,
¿por qué, en el mejor momento,
madre Patria, no me has dado
tu estandarte?

Prendíste me el acicate,
rizaste en mi casco altivo
la cimera;
pero me echaste al combate
sin saber por qué motivo
luche ó muera.

Encargo tengo de ti
de no volver sin honor
al hogar;
yo daré cuentas de mí;
mas ¿quién torna vencedor
sin bandera que clavar?

Patria, te siento muy lejos
detrás de esta serranía,
tan repuesta:
¡si estos épicos reflejos
fueran ya la profecía
de la puestal

Tus últimos defensores
por tu vida amenazada
combatieron:
bien que les cubráis de flores;
pero recoged su espada
para acabar lo que hicieron.

Que está el alma de la raza
por esos valles dormida;
que la muerte
en el letargo la abraza,
y habrá que abrirle una herida
porque el dolor la despierte.

Una herida y sangre en ella,
y en la sangre un alarido
que conmueva á los extraños,
y hecha de sangre una estrella
sobre el pendón desteñido
por el polvo de cien años...



Soliloquio del poeta

(Del destierro voluntario)



Noche de mi Nación... mira que es duro
medir el tiempo en tu recinto obscuro,
pegar la sien al carcomido muro
y oír, por fuera, palpitar la vida;
noche de mi Nación... mira que es triste,
huir la cárcel en que hogar nos diste,
gozar la luz, de la que no quisiste,
llamarte al Sol y ver que estás dormida.

¡Oh, duro, duro, duro vasallaje,
pecado de raíz de mi linaje,
amargo acíbar que me amarga el viaje;
dejar atrás lo que con ansia amamos
y en la visión triunfal que nos rodea
cuando el esfuerzo acaba y la pelea,
en cosa alguna hallar nuestra ralea:
que extraños somos donde á paz estamos!

Lira probada ya; lira, en mis manos
hecha á cantar dolores sobrehumanos,
ya que á hablar empezaste á tus hermanos
en la terrible noche del Desastre:

jamás vibraste á este dolor de ahora;
te circunda una Vida triunfadora
y has de ser muda: Lira mía, llora
antes que el odio á maldecir te arrastre.

Que estas riquezas de oro y pensamiento,
y este continuo afán y el movimiento
de tanta humanidad en crecimiento,
y el resonar de las febriles horas,
aunque, al pasar como tormenta, agitan
tus cuerdas de oro que en el son palpitan,
ni tuyas son ni cosa tuya imitan,
Patria de las nostalgias corroedoras.

¡Oh, palabra, palabra sólo pido
en que encerrar, como en primer vagido,
el ignorado ambiente y el sentido
de este modo triunfal de la Ley nueva!
Musa: á riesgo de muerte, entra valiente
y busca, á que te turbe y que te tiente,
por ese paraíso, la serpiente
que hizo fecundos los ardores de Eva.

Y vaya á tí, Nación de la elegía,
¡oh dorada y sangrienta patria mía!,
el himno ardiente, vuelto en profecía,
de la libre expansión que me rodea;
y por tus amarillas soledades,
recio como tus recias tempestades,
llegue, para sembrar en tus ciudades,
el misterioso grano de la Idea.

Despierta, España, ¡oh, por amor, despierta!
Parte la losa con que estás cubierta...

¡Oh, mira tus leones á tu puerta,
derribados dormir como mastines;
Patria ingrata á tí misma; caño vivo
de un vago hechizo secular cautivo;
amasijo de tierras sin cultivo
con los vientres encintos de jardines!

¡Oh, por amor á tu caudal disperso!
¡Oh, por piedad al que, con hado adverso,
es hijo tuyo y cruza el universo
aislado, en la hermandad de los humanos,
renueva la expresión de tu linaje!
¡Oh Patria, quiebra al fin tu vasallaje
y, por acompañarle en su viaje,
con un poco de luz, alza tus manos!

Yo, en la alta noche, dispondré el oído;
yo me haré sordo á todo extraño ruido;
yo esperaré, suspenso mi sentido,
de tu resurrección la voz primera.
Y, si tus viejos dueños opresores
rodearan tu lecho de dolores,
tus vagidos trocando en estertores,
hazme señal con una luz de hoguera.

Correré: tengo lleno, lleno, lleno
el corazón de este sutil veneno
con que te ayudan á morir en cieno
los que, en vaso de amor, me han puesto el odio;
correré: tengo el ansia de una guerra
que si hoy, por buscar armas, me destierra,
me hará tu vengador en propia tierra,
ya que no, en tierra extraña, tu custodio.

¡Oh, voz, ya no! — Ni súplica ni ruego
 detiene el brazo que amenaza ciego:
 ¡oh, voz, ya no; ya sólo espero fuego,
 Patria, muerta de frío, que agonizas!
 ¡Y de esta Vida que en redor contemplo,
 y de esta animación que me es ejemplo,
 yo llevaré, para el futuro Templo,
 una flor que hace arraigo en las cenizas!

Paris, 3 Junio 1908.



Rusia trágica

(De la alianza anglo-rusa)

I

Corona de hierro manchada de sangre,
 corona embutida de piedras preciosas,
 corona pesante, corona zarina,
 que emerge de un aro de piel cibelina;

asiática, inmensa corona lejana,
 que manda reflejos de muerte á Siberia;
 corona de enigmas y crímenes; copa
 donde se vacían los odios de Europa;

hendida campana de cuya hendidura
 gotean los cuervos en gotas de sombra;
 sagrario vetusto del incubo Oriente
 que vive, nutriéndose del odio que siente;

ayer á rebato sonaban tus bronces;
 temblaba, llevando tu peso, el Tetrarca;
 fundirte, corona, te vió como cera
 la Europa, en un triunfo de llamas de hoguera.

Y círculo hacían — ¡oh pálidos rostros,
oh pómulos duros, oh frentes bombadas,
cabezas de fiebre sobre hombros esclavos! —
danzándote en torno, millones de esclavos.

Las gotas de sangre que horadan la nieve
serán la florida de esta primavera:
¡no lo temáis, hijos, que cuenta os demande
de la gran jornada de ayer, Pedro el Grande!

Con el sol pasaba, con el sol triunfaba;
con el sol que va de Oriente á Occidente,
sobre el potro tártaro, la mano en delirio,
echando laureles en vuestro martirio...

II

Pero no... — corona manchada de sangre —,
todavía puedes ser tope de maza.
Imperiales árbitros de la Europa ansiosa,
que defienda á todos la corona odiosa!

Para tu molicie, Francia corrompida;
para tus ejércitos, Germania ambiciosa;
para ti, de Englandia señoril monarca
y para tu calma de viejo aristarca,

¡qué escudo en la mano la vieja coronal,
¡qué lujo contar millones de esclavos!
— Látigo á los hombres y á las concubinas,
para el hombre blanco, pieles cibelinas. —

III

Rusia mendicante, que en honra y dinero
recibes el óbolo de la Europa astuta,
¡oh!, ¿no ves, dolida Rusia macilenta,
que tu esclavitud se saca á la venta?

Témpanos de hielo de Siberia: os compran
para amortiguar de Occidente el fuego.
Fatídico paso del cosaco en armas:
guardarás de nuestros Dueños las alarmas.

Rusia, ayer ejemplo, nos serás castigo;
pueblo, Ceniciento de todos los pueblos,
si no acuden todos á darte salud,
pudrirás á todos en tu esclavitud...

IV

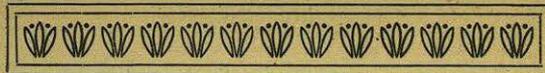
¡Bendita indigencia de la Patria mía
que te tiene lejos del mercado infame!
España mendiga, mira á la lejana;
mándale, llorando, tu piedad de hermana.

Y vive en tí, Patria; vive recogida,
que hay un contubernio por toda la Europa;
y una cobardía pánica, presagio
de final de Imperio, se apoya en el agio.

Vive en tí, velando tus armas de noche,
Patria sin astucias, Patria de la espada;
éstrate en tus prados, sube á tus alturas
á soltar los caños de las aguas puras.

Métete en el alma la luz de tu estrella;
mira que aún pudieras ser renuevo, un día;
mira que estás sola, tú, Madre y Señora,
y que cada hora puede ser tu hora.

17 Junio 1908.



HÉROES DE HOY

El comandante Dreyfus (*)



Mezquina vida en un hilo,
juguete de los demás,
que tú la carne les das
y los demás dan el filo;

nacido con mala estrella
paraste en mala hora aquí;
que ninguno piensa en ti,
pensando en lo grande de ella.

Victima propiciatoria
de una raza, ya es fatal
que en ti caiga todo el mal,
toda en tu raza la gloria.

Hogar y mujer tuviste
que tuyos un día fueron;
hogar y mujer perdiste,
cuando los demás quisieron.

(*) Está escrito cuando el atentado al infeliz comandante, en la ceremonia de trasladar al Panteón los restos de Zola.

Vivías en tal desierto
y tan lejos de las gentes,
que levantaste creyentes
como los levanta un muerto.

Y á tanto llegaba, al fin,
el ansia de sus fervores,
que ellos fueron triunfadores,
y tú tan sólo el botín.

Tal vez por pensar en esto
en aquella hora precisa,
pusiste aquella sonrisa
donde esperaban un gesto.

Y no te perdonan, triste,
el no haberles otorgado
que te hubieran conquistado
lo que tú nunca perdiste.

Tranquilo entraste y sereno
donde, los que te aclamaban,
en sus adentros pensaban:
qué pobre es un hombre bueno.

Y fué tu postrer error
en la fortuna propicia,
no hacerle honor al honor
de que te hicieran justicia.

Sacrilegio ... la piedad
y la santa paz del alma,
y aquella impávida calma,
y aquella serenidad.

Y el querer vivir así
para tu vida y tu hogar,
¿podíanlo perdonar
los que vivían de ti?

Prepárate á más dolores
—que el dolor es tu deber—
tú, condenado á tener,
mientras vivas, defensores.

Tributo á tu redención,
has de ir dejando detrás
sangre de tu corazón,
para ungir á los demás.

Alma, á la fuerza, sacada
de lo ordinario y diurno,
piensa que lleva el coturno
la tragedia aparejada.

Como no la cantarán,
cantar he querido un día
tu vida tremenda y fría,
sin grandeza, sin afán;

recibe esta flor de mí,
tú, que entre tantas irás
el día que morirás,
y no morirás por ti.

Junio 1908.



La santa Discordia (*)



I

Me has dicho: recoge los gritos
que dé mi Nación en la prueba;
si quiere en tus dueños malditos
cebarse, con ella te ceba;
me has dicho: los himnos proscritos
del viejo heroísmo renueva.

Yo pongo en tus labios marchitos
un áspero ardor de tizones;
la luz de los épicos mitos
empurpurará tus canciones;
levanto los rotos pendones
en palingenésicos ritos.

No pares la mente á razones
cuando es el vivir la más santa;
me has dicho: contrarias legiones
en himnos contrarios levanta,
que en tanto que un brazo la aguanta
no hay lanza que esté sin razones.

(*) Marca el estado de cobardía y prudencia hipócrita en el ambiente nacional.

Me has dicho: la chispa agiganta,
que yo te daré tempestades;
el orden del tiempo quebranta,
que yo te daré eternidades;
futuras y muertas edades
recorra tu lírica planta.

Y trae de lejanas ciudades,
de cunas y de sepulturas,
de las olvidadas verdades,
de las libertades futuras,
á España y á sus criaturas
el cetro de las Majestades.

Arranca á las limpias alturas
la luz de las exaltaciones,
proyecta en las noches impuras
incendios que sean visiones,
y vuelca el hogar con carbones
por todas las chozas oscuras.

Que suba á las quietas regiones
un día, un inmenso alarido;
que duden de sus salvaciones
el conculcador y el herido;
que junten sus dos maldiciones
el puro y el que ha delinquido.

II

¡Discordia en España!... La daga
que escarbe de nuevo en la herida
y avive el hogar que se apaga
con chorros de sangre encendida.

¡Discordia en España!... La tea
que acabe estos largos marasmos,
bendita, porque amarillea
del oro de los entusiasmos.

¡Oh, Ley! Te has cruzado de brazos,
y ya de las almas no fluyes:
Dios, ¡caiga este templo á pedazos,
que es él de los que reconstruyes!

¡Discordia en España!... —Atabales,
sonad á la antigua manera;
llegó la ocasión, naturales,
de obrar cada cual como quiera.

Toda arma ya está permitida;
sólo es delinquir no tenerla;
¡ved, hijos, que pasa la Vida,
y el triunfo ha de ser merecerla!

III

Me has dicho, y tu lengua movía
de una alta región, musa mía;

me has dicho, y abríase plaza,
sonando en tus versos, la raza;

me has dicho, y mi mano crispada
tomó de tu mano una espada;

me has dicho, y mis labios se abrieron
ardiendo en las preces que hicieron;

me has dicho, y miré, musa mía,
y toda la España dormía...

Sobre ella alumbraba el camino
la lámpara de su destino!

Bebiendo, al pasar, mi deseo,
la luz tuvo un vago aleteo,

y vino, en la gran somnolencia,
su llama á soplar la prudencia.

